

vo; pero por orden del señor Presidente se retira algunos pasos.

Los señores jurados dejan sus asientos y pasan á mirar, rodeando al señor Alquié, si la cuerda está apretada de un modo conveniente.

El señor Alquié corta la atadura, y los fragmentos son entregados al señor primer Presidente para que los compare con los de las piezas de convicción. Se procede en seguida á la medida de los puños de Mauricio Roux, tanto con los cabos procedentes de las piezas de convicción como con los que resultan de las diversas experiencias. Estos diferentes pedazos son recogidos, cada grupo aparte, y encerrados, para que, á su tiempo los vean los señores jurados.

*El señor Lachaud.*—¿Tendría la bondad, señor Presidente, de preguntar á estos señores que han practicado las experiencias con la cuerda alrededor del cuello de Mauricio Roux, si han notado la cicatriz en cuestion, y lo que queda hoy día?

*El señor Rimbaud.*—Hemos visto un botoncicotrivial en el cuello de Mauricio Roux.

*El señor Julio Favre.*—¿Podría decirnos el señor Rimbaud si cree que ese boton pueda explicarse por un golpe violento que haya producido una conmocion?

*El señor Rimbaud.*—No puedo decir nada.

*El señor primer Presidente.*—De todo este debate resulta que las conclusiones á que han llegado los peritos, son estas: con habilidad y experiencia, estudiando el reproducir lo que la casualidad produjo en el día 7 de Julio, se pueden obtener trozos de cuerdas casi parecidas á las que constituyen las piezas de convicción, ya sea que se opere por el procedimiento Servent, ya por el del comisario de policía, ya segun los peritos; añadamos sin embargo, que ni es presumible ni natural que se pudiese operar la atadura de las cuerdas de la manera indicada y practicada por el sistema del comisario de policía.

*El señor Julio Favre.*—Desearia saber de los señores peritos cual de los dos sistemas les parece mas verosímil, teniendo presente las piezas de convicción, el que consiste en tener los dos puños atados separadamente, ó el que consiste en tenerlos atados estando unidos. En una palabra, si creen que Mauricio Roux tuvo atadas las manos separadamente, ó bien atadas juntas por medio de una sola cuerda.

El señor primer Presidente hace la pregunta á los peritos.

*El señor Cromier.*—Para mi el procedimiento del comisario de policía es completamente imposible, y en mi alma y conciencia me decido por el del señor Servent.

*El señor Rimbaud.*—Considero el procedimiento del comisario de policía como imposible, y considero el del señor Servent como verosímil.

*El señor Alquié.*—Admito que se puede llegar por medio de muchos experimentos á estos mismos resultados, ó á aproximaciones, que dependerán de la casualidad ó de la habilidad de las personas; pero no me decido de un modo absoluto. (*Movimiento por parte de los otros dos peritos.*) Confieso que esta manera de atar las manos por la espalda me ha sorprendido de tal modo, que en verdad quedé maravillado de que se pensase en hacer cosas así; pero contestando á la pregunta del señor Presidente, diré que se puede obtener un resultado aproximado al de las piezas de convicción, no solo por medio de los tres procedimientos indicados, sino tambien por medio de otros procedimientos que se podrian encontrar, ya por casualidad, ya por medio de razonadas aplicaciones.

*El señor Julio Favre.*—¿Pero se decide el señor Alquié por algun procedimiento?

*El señor Alquié.*—Me adhiero á las conclusiones del dictamen.

*El señor primer Presidente,* á peticion de la defensa, ordena que se circule el dictamen á los señores jurados, lo cual servirá, dicen, para que recuerden la expresion del pensamiento de los peritos.

—Y se acordarán tambien de las impresiones de la audiencia, añade el señor Julio Favre.

Se continúa la audicion de los testigos.

Continúan los testigos.

*La señora Boucharin,* mujer del administrador encargado por el señor Armand de tener á Mauricio Roux mientras él estaba en París, notó, como su marido, que se excitaba con facilidad y mantenía conversaciones sin hilacion. Habló muchas veces de sus conquistas.

*El señor procurador general* opone á la testigo

que en su declaracion escrita dice que siempre le encontró muy dulce.

*El señor Sisteron,* banquero en Pont-Saint-Espirit.—Tenia á mi servicio hacia nueve meses á la jóven Filomena Deuest, cuando en el momento en que menos se podia esperar, esta jóven dió á luz una criatura que mató. Era notorio que este hijo era de Mauricio Roux, y como aquella jóven me habia sido vivamente recomendada, y por otro lado habia oido muy poco bueno de Mauricio Roux, hice cuantos esfuerzos pude para que se rompiesen aquellas relaciones.

*El señor Lachaud.*—¿No es cosa corriente en el país que Mauricio Roux cogia todo su dinero á esta jóven y se lo gastaba en sus caprichos?

R.—Este hombre ejercia sobre ella una gran influencia; las reclamaciones de una nube de acreedores que llegaron despues que la eché de mi casa, cuando la desgracia que la habia pasado, me hicieron saber que aquella muchacha dejaba las cuentas pendientes, y se guardaba el dinero que le daba para el gasto de la casa. Me pareció esto raro; investigué la causa de esta conducta, y supe que Mauricio Roux le cogia todo el dinero.

Debo añadir que habiendo escrito aquella jóven á éste que fuese en su auxilio, se dice que tuvo la inhumanidad de contestarle por medio de una negativa.

*El señor procurador general.*—Pido permiso para leer á los señores jurados la declaracion de la jóven Filomena. «Apenas preguntada, nos ha hecho conocer sus relaciones con Mauricio Roux. Ha declarado que conocia á Mauricio desde niña, que era de Bourg-Saint-Andeol; pero que no habia tenido relaciones con él hasta la edad de veinticuatro años; que se habian encontrado en Pont-Saint-Espirit, y que solo entonces se habian entablado relaciones íntimas entre ellos; que, como consecuencia de estas relaciones y un año despues, quedó en cinta haciendo conocer á Mauricio Roux la situacion en que se hallaba; que Mauricio Roux le habia prometido casarse con ella, y que confiando en la promesa que se le habia hecho por Mauricio, no creyó necesario recordarsela; que esta situacion se prolongó hasta el sétimo mes de su embarazo, y entonces Roux se marchó

de Pont-Saint-Espirit y no volvió á dar noticias suyas.»

Parece, pues, difícil que no conociendo su direccion, la escribiese para obtener de ella dinero.

*El señor Julio Favre.*—Fué el comisario de policía, Bayssade, el que recibió la declaracion.

*El señor Debbeld,* cónsul de Brunswick, en París.—Conoció á Armand hace siete años en los baños de Lamalon, en donde le vió rodeado de la mayor estima y de la mas alta consideracion; pero antes de llegar á su declaracion, se tomará la libertad de hacer una reserva.

Se ha dicho, despues de haber presentado un cuadro muy sombrío del carácter y de las cualidades de Armand, que no es extraño que en su calidad de millonario haya podido encontrar algunos amigos decididos: el testigo declara ante todo que nunca ha tenido con él relacion alguna de negocios ni interés. Las únicas relaciones que reivindica son las de la amistad, de la estimacion y de la mas alta consideracion que siente por él. Durante muchas semanas que han pasado juntos en diversas ocasiones, el testigo ha podido apreciar y reconocer todas las buenas cualidades del señor Armand.

Se ha hablado de su carácter vivo, arrebatado, hasta violento; el testigo que ha vivido con él siente que el señor Armand tiene un carácter el mas leal y el mas honrado que ha visto en su vida. Esclavo de sus compromisos y de sus deberes, no es extraño que exija de los demás las mismas cualidades. Si sucede que se enfada algunas veces, es un defecto aparente que se exagera mas de lo que merece. Esta opinion la tienen todos los que se acercan á él, y todos sin distincion le tenian antes de que se le hubiese acusado de este monstruoso crimen; y todos la conservan y la conservarán como la expreso ahora.

Al terminar, dice el testigo, que Armand cuando estuvo en París con su señora, antes del desgraciado suceso, le habló de un nuevo cochero cuyo servicio le parecia regular; pero le dijo que tenia una mirada singular como la podria tener un hombre que temiese algo ó tuviese algo que ocultar.

*El señor primer Presidente* deja sentado que el testigo ha rendido un completo homenaje al carácter de Armand.

## INCIDENTE DE LA FUGA DEL SEÑOR ARMAND.

Paoli, alcaide de la prision de Montpellier. El señor Armand, dice, llegó á la prision el 8 de Julio: le dió la orden á un carcelero de que durmiese en su cuarto. Este carcelero fué muchas veces á decirme que Armand deseaba verme. Rehusé, pues sabia que era rico y no queria que esto diese ocasion para hablar de mí. Un día, por último, habiéndome dicho el carcelero que, sabida por Armand mi negativa, habia dicho que me encontraba muy fiero, esto me picó, fui á verle y entablamos conversacion. Habiéndome preguntado de dónde era, y habiéndole dicho que corso, natural de Bastia: «si un hombre ofreciese, me dijo, 5,000 ó 10,000 francos á su carcelero, ¿sabéis que un hombre débil podria titubear?»

Tomé esto como una prueba, como un ensayo, y como tenia delante de mí á un acusado y al lado suyo un carcelero á propósito para acomodarse á su objeto, le dije: «se me ha confiado una mision y procuro cumplirla lo mas honrosamente que me es posible.»

Me volví á mi casa con el espíritu agitado, y vivamente impresionado con esta conversacion. A partir de aquel momento, empecé á tener dudas sobre el señor Armand y sobre su guardian; hasta noté cuando su presencia no fué ya necesaria en el calabozo, es decir, cuando se levantó la incomunicacion, que su carcelero se quedaba mucho mas tiempo, y que habia llegado á ser el hombre indispensable de la familia y de Armand. Sospeché alguna intriga, y así esperé órdenes antes de autorizar á la señora de Armand que permaneciese al lado de su marido, como ella lo solicitaba, despues de las horas prescritas por el reglamento. Decia yo siempre: «Yo no soy nada en casa; por encima de mí están todas las autoridades.» El señor Armand me decia: «Haced esto, no temais nada, yo respondo de todo pecuniariamente.» «¿Quereis decirme que separado de mi modesto empleo, vos me indemnizariais con vuestro bolsillo? No soy rico, no conozco la fortuna; pero quiero volver á mi país como salí, como hombre honrado.» Despues se me dijo que Armand hacia sus preparati-

vos para una fuga; me puse en guardia, pero no pude saber nada de preciso. Estábamos en el mes de Noviembre; yo me decia: tal vez espere á despues del juicio; pero yo tomé mis medidas.

El 18 de Noviembre los negocios habian tomado otro cariz, y hablé de todo esto al señor prefecto. El carcelero fué despedido, y poco despues tuve ocasion de saber por un detenido que nada le seria mas facil que escaparse, escatando un muro al lado de una fuente y pasando á un subterráneo que comunicaba con el exterior. Le hice hacer la experiencia, y, en efecto, llegó á salir de la prision, me encontró en la ciudad, y se me presentó para darme la mano. Relacionando las fechas y evocando mis recuerdos, encontré perfectamente explicados los preparativos de fuga de Armand.

El señor primer Presidente.—¿Pudisteis comprender, despues de los esfuerzos hechos por Armand para veros, que se trataba de una tentativa de corrupcion?

R.—Sí, señor Presidente; pero en lugar de ceder á sus insinuaciones, le vigilé mas de cerca.

El señor Lachaud.—¿Cómo es que el testigo, cuando fué oido el día 15 de Diciembre, no dijo una palabra de todo esto?

El señor Julio Favre.—¿No es el deber del testigo informar inmediatamente á sus jefes de cuanto ocurra en la cárcel? ¿No es de ordenanza que cada día debe presentar á sus superiores, explicando hasta en sus mas pequeños detalles una relacion de cuanto ha pasado cada día en la prision?

El testigo Paoli.—Señor Presidente, dignaos ordenar al defensor que se calle. Me ha encerrado en un círculo que no quiero traspasar.

El señor Julio Favre.—¿Cómo no informasteis inmediatamente al prefecto ó al procurador general de la primera conversacion del mes de Julio con Armand, la cual creéis que le comprometia tanto?

R.—Al principio dudaba; solo á fuerza de dudar fué como me formé la conviccion, y entonces hablé á quien correspondia. Hasta entonces habia prolongado intencionalmente la situacion para vigilar mejor, y dejé rodar la bola hasta fines del mes de Octubre. Yo no sabia que habia de ser citado como testigo.

Un día fué á la cárcel el señor director central, y le dije: «Estoy vendido por razon de la casa y por las personas que están en la casa. Le es tan fácil al señor Armand el salir de la cárcel como si se estuviera paseando por la plaza de Peyron. Hace preparativos para una fuga; yo estoy vendido y se hará que caiga la falta sobre mí y que yo pague la fiesta.» «Vuestra imaginacion os hace ver todo esto, me contestó; veis gigantes y no hay sino pigmeos.» Y como consideraba mi denuncia como una quimera, y queria probarme que todo lo que yo decia era una ilusion, me encontré paralizado. Sin embargo, lo expuse todo al señor prefecto que destituyó al carcelero Lafous, de quien yo sospechaba.

El señor Lachaud.—¿Y, sin embargo, ese hombre volvió á la cárcel?

El testigo.—Es cierto; pero cuando volvió á entrar, le dije: «No tengo confianza en vos; estais aquí tan solo porque el señor director lo quiere; pero no sois absolutamente nada.»

El señor Julio Favre.—¿Pues no deja de haber subordinacion en la cárcel de Montpellier?

El señor primer Presidente.—¿Fué despues de la salida de Lafous cuando se descubrió que habia un subterráneo que conducia del interior al exterior de la cárcel, y que se supo que este subterráneo habia sido desembarazado por orden de Lafous?

R.—Sí, señor Presidente.

El señor Lachaud.—Y, sin embargo, es preciso suponer que los superiores de Lafous le reconocieron como un hombre honrado cuando le volvieron á poner en su puesto, y que los hechos alegados por el testigo no eran exactos.

Paoli.—Yo estoy aquí para decir la verdad, y pretendo que la verdad sea conocida, por eso la digo. Se hizo una informacion en la que debia declarar Armand; yo declaré y no dije otra cosa que la que digo en este momento.

Armand.—El testigo acaba de decir que se abrió una informacion; debo declarar que lo ignoraba; pero lo que tambien debo declarar por mi honor es que cuanto dice el alcaide es una solemne mentira.

El señor primer Presidente.—No os permito atacar al testigo; estais en una situacion diferente de la suya; ¡bien diferente! Vos teneis que justificaros y el

testigo declara sobre la fé de su juramento. Se encuentra al frente de la cárcel de Montpellier, y os prevengo que no os permitiré de modo alguno que le insulteis.

Armand.—He hecho mal y lo reconozco. Ruego al señor Presidente que, en virtud de su poder discrecional, llame á los carceleros de la prision de Montpellier, y entonces verá que cuanto ha dicho el alcaide no es cierto. Os dirán que en cuanto al paso subterráneo, se hizo la experiencia con un individuo para que pasase por allí y salió negro como el carbon, lo que prueba que no se habia limpiado el canal.

El señor primer Presidente.—Confieso que me falta valor para llamar á esos carceleros. ¿No conociais el nombre de Paoli?

Armand.—¡Pero si no hay una palabra de verdad en la declaracion que acaba de prestar!

El señor primer Presidente.—Será una prueba que habrá de hacerse, y si la considero necesaria se hará. De todos modos hé aquí una iniciacion hecha por el testigo: ¿la negais?

Armand.—De la manera mas enérgica posible.

Paoli.—Y bien; yo levanto mi mano y la afirmo cien millones de veces.

El señor primer Presidente.—Los señores jurados apreciarán la importancia de este hecho, y juzgarán cual de los dos, el testigo ó el acusado, dicen la verdad.

Armand.—El día que fué conocido en Montpellier el fallo del Tribunal de Casacion, se presentó el alcaide en mi calabozo, y me dijo: «Vengo á felicitaros; ahora si que estais salvado.» «¿Qué entendéis por esas palabras? ¿no estoy como siempre en manos de la justicia? ¿no es la misma en todas partes? ¿qué podia tener yo que temer aquí? Pero ya que me facilitais la ocasion de hablaros, ¿es cierto que yo os he ofrecido dinero para que ayudaseis mi evasion?» «No; me contestó; no me gustan cuentos, y yo no soy el que ha inventado semejantes cosas: preferiria ocuparme en plantar coles que entretenerme en semejantes cosas,» y mi tío el señor Biquet, á quien él habló, os dirá lo mismo que digo yo.

El señor primer Presidente.—El testigo está bien afirmativo; ya lo veis. ¿Qué interés puede tener en

cometer un perjurio y en afirmar un hecho falso?

*Armand.*—No me lo explico sino porque en la época de mi recurso de casacion, el procurador general de Montpellier escribió á Paris dando parte de la proposicion que yo habria hecho al alcaide de una suma de 8 á 10,000 francos, y porque escitaria á este hombre que viniera á declararlo.

*El señor primer Presidente.*—Es decir que, segun vos, Armand, el señor procurador general habria hecho conocer en Paris los hechos sobre los cuales discutimos en este momento, y como el señor procurador general queria asegurarse que su afirmacion fuese confirmada, escitaria al alcaide á declarar este hecho aunque no fuese cierto.

*Armand.*—Bien sabido es que pedimos en Paris que se abriese una informacion sobre ese hecho, y no hemos vuelto á saber nada.

*El señor primer Presidente.*—Pero, en fin, ¿qué interés puede tener este hombre para prestar una declaracion semejante?

*Armand.*—Tiene una buena colocacion y desea conservarla.

*Paoli.*—Deseo conservarla; pero con mi honor.

*Armand.*—¿Me creéis capaz de mentir, señor Presidente?

*El señor primer Presidente.*—No me preguntéis.

*Armand.*—Digo la verdad. Haced venir los dos carceleros, y quedareis convencido.

*El señor primer Presidente.*—Creo mas al testigo que declara bajo la fé de su juramento, que á vos que sois el acusado. Por lo demás, los señores jurados apreciarán.

*El señor Lisbonne.*—Despues del fallo del Tribunal de Casacion, se abrió una informacion en Montpellier por el señor juez de instruccion. Esa informacion es el resultado de las revelaciones del testigo Paoli. No conocemos esa informacion; pero es indudable que en ella debe encontrarse la declaracion que acaba de prestar ahora mismo el señor Paoli; y esta declaracion no puede ser la que prestó el 15 de Diciembre, pues en ella no hay una sola palabra de lo que el mismo Paoli nos acaba de decir.

*El señor procurador general.*—Habrás podido investigar si las palabras que pronunció Armand constituan una tentativa de corrupcion; pero esto no im-

plica el que haya habido una verdadera y formal informacion.

*El señor Lisbonne.*—Una informacion puede no haber llegado á describir la concision de un delito; pero lo que deseamos saber es si ha tenido lugar. Si ha tenido lugar, yo pretendo que la declaracion de Paoli es uno de los elementos de esa instruccion.

*El señor Presidente.*—¿Cómo podeis, en presencia de una informacion que no conoceis, suponer que la declaracion del testigo debe figurar?

*El señor Lisbonne.*—¿Pero ha tenido ó no lugar esa informacion?

*El señor primer Presidente.*—No la tenemos. Comprendo perfectamente que si se supuso que habia un primer elemento suficiente para constituir un delito de corrupcion, se empezase una informacion para saber si en efecto ese delito debia ser perseguido. Comprendo tambien que si no se encontraron elementos suficientes, se haya sobreseido. Todo esto es posible; pero no sé si en efecto la informacion tuvo lugar. Lo que sé es que el testigo es preguntado hoy; que declara lo que sabe, y que afirma que en una época que indica pronunció Armand tales y cuales expresiones.

*El señor Julio Favre.*—Es incontestable que la declaracion del testigo no ha sido provocada ingenuamente. Se ha querido, al preguntarle, hacer una insinuacion de aquellos supuestos hechos en el debate. Si este testigo estuviese aislado, nada mas sencillo; pero hay otros testigos que difieren sobre el mismo orden de hechos, y es incontestable que el procedimiento del señor procurador general es contrario, no solo á la lealtad, sino á todas las reglas.

*El señor procurador general.*—Permitidme, señor Julio Favre, os diga que en materia de lealtad...

*El señor Julio Favre.*—Yo no ataco la lealtad del señor procurador general. Es el procedimiento lo que yo califico: y lo hago así, porque un procedimiento semejante es contrario á la libertad de la defensa. Lo que pido es que la instruccion vaya junta al procedimiento, pues el silencio del señor procurador me prueba que esa informacion existe, y diré más; diré que es favorable á nuestro defendido, ó al menos no le es contraria. Todo en este debate debe ser

contradictorio, y hasta habiamos de llegar á un punto que no conociese la defensa.

*El señor procurador general.*—No tengo esa informacion.

*El señor Julio Favre.*—Pero se hizo; ¡existe!

*El señor procurador general.*—No lo sé.

*El señor primer Presidente.*—Hé aqui lo que tengo que decir. Parece que ha habido una informacion basada en sospechas de una tentativa de corrupcion. El

señor procurador general dice que no tiene en su poder esa informacion y no ha podido llevarla al proceso. Siendo esto cierto, debo añadir que habiéndose empezado una informacion que no ha dado resultado, no puedo calificar, como vos lo haceis, el procedimiento del señor procurador general, porque citó á un testigo que habia de declarar sobre un hecho preciso, y que tenia su trascendencia, y no citó otros testigos. Me parece, en verdad, que el señor



Recibió un golpe en la nuca.

procurador general estaba en su derecho obrando de este modo.

*El señor procurador general.*—Sabe la defensa muy bien que el señor primer Presidente y yo fuimos á Montpellier. Allí se me hicieron conocer los hechos y cité al alcaide como testigo importante. No sé si hubo otros testigos que hubiesen podido ser oidos.

*El señor Julio Favre.*—No solo ignorábamos todo eso, sino que forzosamente debiamos caer en una celada. Se llama al testigo Paoli, y naturalmente debiamos recurrir á su declaracion escrita para ver en que se ajustaba ya que se separaba de su declaracion

oral. ¿No se hace esto con todos los testigos? Ahora nos encontramos con Paoli que viene á declarar sobre hechos que no nos son conocidos con la debida anticipacion. ¿Cómo defender al acusado?

*El señor procurador general.*—¿Es que yo estoy obligado á hacer conocer á la defensa todos los hechos sobre que pueda declarar el testigo?

*El señor Julio Favre.*—Indudablemente; como que en ellos se basa la acusacion; para que haya justicia es preciso que se den á conocer á la defensa para que los apoye ó rebata.

*El señor primer Presidente.*—Cada dia sucede que

se cita á un testigo que no ha sido oído antes. Solo nos queda que hacer preguntar al testigo cómo es que la primera vez no fué esplicito como lo es hoy día, y por qué no dijo lo que ahora acaba de decir.

*Al testigo.*—Fuisteis oído una vez, ¿por qué no declarasteis los hechos de que habláis hoy?

*Paoli.*—No daba entonces importancia á esos hechos. Hoy que estamos en el momento supremo, digo la verdad. (Movimiento en el auditorio.)

*El señor Lisbonne.*—Ya lo oís, no los declaró á su debido tiempo porque no daba á esos hechos importancia alguna.

*El señor primer Presidente.*—¿No ha tenido lugar una cosa semejante aquí mismo? ¿Citar á un testigo que ha declarado sobre hechos nuevos?

*El señor Julio Favre.*—Hé aquí mi contestación. Sin duda que el señor procurador general es dueño de citar un testigo nuevo; pero no es la costumbre, y es contrario á la ley que cuando un testigo ha sido oído por el juez de instrucción, no se haga conocer entera la declaración que ha prestado.

*El señor primer Presidente.*—Es un procedimiento extraño á este.

*El señor Julio Favre.*—Entonces, ¿por qué mezclarlo?

#### SIGUE LA AUDIENCIA DE TESTIGOS.

*Bonhome,* pintor de puertas en Montpellier.—Un domingo, á cosa de las seis de la tarde, volvía á su casa desde el café. La sopa no estaba aún dispuesta; su mujer le dijo: «vete á dar una vuelta con Adela.» Salió con su hija y encontró un vecino que le dijo: «¿Quereis ver á Mauricio Roux? venid conmigo.» El testigo siguió á aquel individuo, y fué con él á casa Larouette, en el tercer piso. Allí hablaron del proceso Armand, y el testigo, en la conversacion, expresó la idea de que uno mismo podia atarse las manos con facilidad.

El testigo no conocia á Roux, y solo un interés de curiosidad le movió á verle, en lo cual hacía lo que todo el mundo en Montpellier.

*El señor primer Presidente.*—¿No le digisteis á Mauricio Roux: «No sabeis en que asunto os habeis metido. Armand saldrá bien librado y vos sereis el

que ireis á la cárcel. Un médico que van á hacer venir de París os meterá en la prision?»

R.—Sí, lo dije: repetí lo que oía decir casi todos los días en Montpellier.

P.—¿No se trató de una suma de 40,000 francos?

R.—No sé nada de eso.

P.—¿Con que es decir que sin conocer á Roux fuisteis á verle?

R.—Os lo repito, señor Presidente, fui por curiosidad. Lo mismo hacia todo el mundo en Montpellier.

Concluye la audiencia: aún quedan por oír mas de ochenta testigos; casi todos de descargo.

*El señor Presidente,* dirigiéndose á los defensores.—Desearia, señores, que fuesen oídos todos los testigos que faltan en la audiencia de mañana. Os ruego, pues, que os aprovecheis del intervalo que media entre las dos audiencias para clasificar vuestros testigos por el orden que deseais sean oídos, eliminando aquellos que no os convenga oír.

Al día siguiente 22 se abre la audiencia á las diez y media.

*El señor Presidente* vuelve á significar su deseo de que en esta audiencia termine la audición de los testigos é invita á todos para que se realice este deseo.

Un nuevo testigo, Guim, debe ser oído con relacion á lo dicho por la portera sobre el hecho de haber bajado Armand al subterráneo. La defensa por su parte ha citado cuatro nuevos testigos, que son: los señores Carles, Villare, Parent y Cactan.

Se empieza por oír á Guim.

*Guim* (Juan), tonelero en Montpellier.—Al día siguiente del suceso, á cosa de las seis y media ó las siete, vió á la portera apoyada en su escoba delante de su puerta; apenas la conocia: sin embargo, se acercó á ella y la dijo: «He oído decir que ha pasado algo, ¿que ha pasado?» La portera le contestó que el criado del señor Armand se habia ahorcado en el subterráneo.—«¿Murió?» volvió á preguntar.—Mas valdria que hubiese muerto, le respondió, no me daría tanto que hacer como me dá.

Tres días despues volvió á encontrar á la portera. «Decidme, portera, le dijo—¿es cierto que fué el se-

ñor Armand el que dió el golpe? todo el mundo lo dice.» A estas palabras, ella le miró sonriendo, y le cogió la mano, despues le dijo: «Creo haber visto subir al señor Armand del subterráneo, pero no puedo decir que vi dar el golpe:» dicho esto se separó del testigo.

Vuelve á ser llamada la mujer Cazes, pero no contesta; el señor Julio Favre dice que se la busque.

*Un jurado.*—¿Tendriais la bondad de preguntar al testigo si es vecino de la portera ó si la encontró por casualidad?

*El señor primer Presidente* hace la pregunta, y de la explicacion del testigo resulta que la casa de Armand no se encuentra en el trayecto directo del testigo, cuando el testigo vá á su casa desde donde trabaja: no pudo pues, encontrar, á la portera por casualidad y fué á verla ex-profeso por un motivo cualquiera.

Mientras la mujer Cazes comparece se llama á otro testigo.

*Lleveci* (Lorenzo), mozo de fonda en la Cruz de Malta en Montpellier.—Fué al hotel á donde fué transportado Mauricio Roux despues del atentado del 17 de Noviembre. Estaba de guardia el 20 de Noviembre último, cuando á las once y media de la noche un individuo bastante alto y que llevaba una gorra en la mano, entró y le hizo signos de que queria dormir. El testigo le dijo que no habia cama y el hombre se marchó. No sabe si era mudo ó si lo aparentaba.

*El señor Lachaud.*—Una nueva simulacion de matismo.

Otro individuo se presentó á cosa de la una y media con un pequeño lio debajo del brazo. Este le dijo que queria ver al enfermo pretendiendo que era su primo. Habiéndose negado el testigo, el desconocido insistió pretendiendo que se marchaba por la mañana en el ferró-carril. «¿Os interesa, pues, mucho el ver á Roux?—Sí; no puedo marcharme sin verle.—Voy á llamar entonces al señor.»—Cuando el individuo vió que el testigo iba á llamar, le dijo: «No llameis á nadie, volveré por la mañana á ver al enfermo.»

*El señor procurador general.*—Hemos citado á ese testigo para que se sepa que despues de estas dos visitas, Mauricio Roux fué confiado á la vigilancia de

dos agentes de la policia, que no se separaron de él.

*El señor primer Presidente* recuerda la visita que hizo á Roux el testigo Bonhome, y trata de relacionar esta visita con las nocturnas de que se acaba de tratar.

*Acércase la mujer Cazes.* Preguntada si conoce al testigo Guim, contesta negativamente al principio, despues cuando le ha mirado, dice: «¡Oh! á ese le conozco, pero no por su nombre; era faquin de uno de los almacenes de la casa.»

*El señor primer Presidente.*—¿Hablasteis con él?

R.—Una sola vez. Me preguntó lo que pasaba en la casa y le contesté que aquello no tenia nada que ver conmigo, que se dirigiese á otra persona, no deteniendo mi paso siquiera para contestarle.

P.—Oídme bien y reflexionad sobre lo que vais á contestar, porque segun la respuesta que deis tomaré una resolucion.

R.—Podeis hacer lo que querais; soy inocente por completo.

P.—El testigo Guim dice que habló con vos una vez en la puerta de la casa de Armand, al día siguiente del suceso.

R.—Eso no es verdad. Miente el testigo: os aseguro que eso no es verdad. Desde luego yo no estaba con él bastante bien de relaciones, para que hablásemos así; además, me era antipático. Habiamos reñido cuando estaba en el almacén.

P.—¿Cómo podeis decir de un modo tan terminante que miente el testigo? Hace un momento reconociais que habiais hablado con él.

R.—No fué al día siguiente, fué tres ó cuatro meses despues.

P.—Pues bien; ¿qué os dijo tres ó cuatro meses despues?

R.—Nada mas que lo que acabo de decir.

*El señor primer Presidente* repite á la testigo Cazes la primera parte de la declaración de Guim y persiste en negar lo que se le atribuye.

*El testigo Guim.*—Estaban dos testigos.

*Mujer Cazes.*—Aunque fueseis cuatrocientos mentís; eso no es verdad.

*El señor primer Presidente.*—¿Testigo Guim, mirad á Jesucristo?

*La mujer Cazes.*—Si pudiese bajar pondria sus